IZQUIERDAS Y DERECHAS: UNA DÉCADA DECISIVA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Francisco Murillo Ferrol *

En una de aquellas nuestras viejas estaciones, entre los anuncios de nitrato de Chile, abonos Cross y chocolates Matías López, había uno especialmente enérgico de un supuesto desodorante que proclamaba sin más: «Evita el baño.»

No puedo remediar, cuando se habla de izquierdas y derechas, ver a dos grupos de hombres persuadido cada uno de ellos de poseer la fórmula para evitar el baño del otro.

La política supone siempre un enfrentamiento agónico. Habría –y ha habido– la posibilidad de utilizar cualquier otra pareja de términos, porque en ello viene a resultar el sustancial dualismo (yo y el otro) en que todo acaba en el hombre.

Llevamos implícita en el fondo la sospecha (resquemor y barrunto al mismo tiempo) de que estamos o somos de uno u otro lado. Y, peor aún, lo aplicamos como un signo de identidad al eventual interlocutor. Por ello, nos resulta azorante e incómodo y nos da la impresión de que no estamos a la distancia mínima correcta para conocer honradamente.

Aunque el otro tema que nos viene ocupando este curso también tiene lo suyo.

Supuesta la edad media usual de que disfrutamos los doctos miembros de

* Sesión del día 5 de mayo de 1999.

esta corporación, la casual concentración de ponencias sobre la vejez en el primer trimestre tuvo todo el aire de un refinado masoquismo. Al menos a mí me dejó con el ánimo por los suelos. Parecía que cada semana recapituláramos con minucia sobre unos achaques y unas dolencias que nos golpean cada día por manera más contundente.

Pero, volviendo a lo de hoy, preciso será convenir en que a estas alturas del curso, y con los sabios y escrupulosos analistas que me han precedido, poco queda por decir sobre la ajetreada dicotomía de izquierdas y derechas. Y no pretendo yo (¡Dios me libre!) tener la fortuna y la capacidad de encontrar lo poco que queda.

En todo caso, tranquiliza el disponer de un auditorio cautivo y amable. Aunque a veces nos acontezca a todos aliviar la cautividad con una cabezada.

* * *

Hacia mediados de los años ochenta (Esto de las décadas y su plural es un anglicismo que se ha impuesto y, como tantos otros, tal vez sin remedio) di en vaticinar para mí mismo cuál sería el balance, al cabo de cincuenta o cien años, que nuestros congéneres de entonces harían del siglo XX. En conjunto, del otro lado del Atlántico, y de algunos tenaces aquí que aún seguían haciendo la «marcha a Torrejón», venía la respuesta global. Se habría tratado de la American Century.

Se dice que en 1898 un periodista le preguntó a Otto von Bismarck, ya muy viejo, qué consideraba como el factor decisivo de la historia moderna. El anciano y temible estadista replicó: «El hecho de que los norteamericanos hablen inglés.»

Desde entonces, la «americanización» se da por supuesta. Sin duda, fue ingrediente decisivo en los aconteceres. Las dos grandes guerras, la guerra fría, el armamento incluso naval, las modas de los «locos años veinte» (jazz, charleston, moño tradicional e intangible de las mujeres), los automóviles, la aviación, la informática, los anuncios, el cine, la vida *kitsch*. Y, a partir de la postguerra segunda, ningún país dejó de enviar sus becarios a las universidades norteamericanas, que parecían haber tomado el relevo de las alemanas, británicas y francesas tradicionales. Su industria editorial inventó los talleres de autor y los *best sellers*. Como dicen algunos escritores nuestros de ahora, la tecnología, el poder militar y el modo de vida americanos lo «pervaden» todo. El problema del arte lo han resuelto con el dólar: sencillamente llevándoselo.

Todo esto me parece cierto. Lo único que se me ocurre es lo de aquel marido de edad mediana que propone a su mujer: «Guardemos un minuto de silencio por nuestro aniversario de boda.»

Pero volviendo a mi meditación *europea* del año 1985, parecería que, visto en su conjunto, el siglo XX aparecerá en el futuro vertebrado en torno a la revolución rusa de 1917. (Aunque –entre corchetes– parece que el futuro ya no es lo que acostumbraba ser. Incluso, como decía aquel gitano imaginado por Ortega ante el confesionario: «he oído el run-run de que han quitado los diez mandamientos». La portada del número de *TIME* correspondiente al 9 de marzo de 1996 es: *Is god dead?)*

En efecto, parecía que todo lo demás, hasta hoy, venía ocasionado o condicionado por los espectaculares aconteceres rusos. Los sistemas totalitarios, la segunda guerra mundial, el telón de acero, la guerra de España, la política británica y su *Welfare State,* las políticas francesa e italiana de la postguerra, las democracias cristianas, la OTAN. La descolonización y, sobre todo, la situación subsiguiente. El Oriente Medio y el Tercer Mundo, la literatura y el arte, en los que durante décadas los compañeros de viaje sustituyen al estrafalario bohemio inocentemente antiburgués del siglo XIX. ¿Y en qué medida también el mercado común y la unión europea? Directa o indirectamente, conscientemente o no, el prototipo soviético más o menos imaginario de sociedad y Estado lo penetra todo. Por fuera al menos, hasta que se produzca la inesperada crisis de la caída del muro en 1989 y del sistema en 1991. Resulta curioso que aún tengamos que subrayar lo de inesperado y no previsto en acontecimiento de tal porte.

Naturalmente, después caí en que hubo una grave crisis posterior al octubre soviético: la de los años sesenta, que las décadas siguientes, setenta, ochenta y noventa parecieran haber superado y sepultado, sin conseguirlo, a mi modo de ver.

Permitidme hacer un poco de memoria, al fin y al cabo me refiero a algo ocurrido aún no hace cuarenta años. Que puede parecer lejano, pero que está próximo si pensamos en los plazos habituales de los historiadores. Pero, honradamente, hoy tenemos que tomar alguna carrerilla.

* * *

No soy tan ingenuo como para encerrar los acontecimientos en unas fechas rígidas. A todo se le puede encontrar antecedentes. Las erosiones significativas fueron acumulándose secularmente, en efecto.

Después de los palmetazos que para el orgullo del hombre fueron, sucesivamente, Copérnico y Galileo, Darwin, Marx y Freud, todavía llegaron los sociólogos y, de una manera u otra, le recordaron su condicionamiento social. Dejando aparte que nuestro planeta sea pequeño, difícil y viajero; que la materia nos condiciona más de lo que se pretendía seguir ignorando; que tenemos antepasados de un Gotha zoológico, y que, en fin, poseemos un espíritu de rumiantes que almacenan en oscuras cavidades la mayor parte de lo que nos pasa. Dejando aparte todo esto, digo, resulta además que nuestra supuesta individualidad es poca cosa si se tiene en cuenta la trama social que hay que considerar al tratar de entenderla y, por supuesto, si quiere entenderse a sí misma.

Igual carga erosiva van teniendo los hallazgos en genética y los referentes a la comunicación entre animales. Aunque no simbólica, los zoólogos parecen convencidos de que existe en todas las especies prácticamente. Añádase la «comunicación» que supone el código genético, válida también para los vegetales. Se habla incluso de una semiología genética. Pensemos que se transmite también una cierta *temporalización*. Un *tiempo* y un reloj peculiares, pero ya no solamente humanos. Se habla de cronobiología *(jet-lag)*.

Más aún: Añádase la manipulación del pasado y, por tanto, de la identidad. E incluso al cuestionar formal y agresivamente el *ámbito* del grupo humano, que no otra cosa es el sarpullido de nacionalismos que nos afecta en este fin de siglo. ¿Puede extrañarnos que, llegado el momento, todo esto madurara, pusiese en sazón, una desconfianza frente al poder, una atmósfera de decidida rebeldía?

Temo que lo erosionado erosionado queda. En la década de los años sesenta, en la que confluyen tantas cosas, no se produce, es cierto, ninguna revolución política de gran porte, como la francesa y la soviética. Pero lo que supuso como revolución cultural creo que ha dejado una huella imborrable.

Sin duda, las décadas siguientes tratan de tener otro aspecto. Incluso se habla durante los ochenta de la revolución conservadora. Y puede que ello sea así para los economistas. Pero en lo axiológico y cultural las tendencias no dejan de aflorar.

Pareció producirse un viraje en la teoría política hacia una cratología larvada. Interesa el análisis –se diría que enconado a veces– de todas las situaciones asimétricas, donde fuese posible detectar el menor asomo o posibilidad de poder, más o menos disimulado.

Desde todos los campos intelectuales, parece que se confluye con igual intención: descubrir, desvelar, denunciar situaciones encubiertas. Se presume de desvelar enmascaramientos. Si Marx, por ejemplo, denunció la explotación derivada de la plusvalía, con la diferencia de clases como el gran instrumento, ahora hay que multiplicar la operación con otras armas. Freud coadyuva suministrando otras técnicas de desvelamiento.

Sólo cabe recurrir a la simple enumeración. (La bibliografía es muy abundante, creciente, y en la biblioteca de la Academia existe importante información).

El movimiento de la contracultura. *Los hippies*. La contestación de toda suerte. Los Beattles. El camino desde la música como supuesto deleite artístico al sonido como estímulo físico. Concentraciones sin más motivo explícito que la rebeldía. En agosto de 1969, en una finca de 600 acres de Bethel, Nueva York, tiene lugar el mayor *happening* de la historia. Rebeldía en los recintos universitarios, Berkeley, Columbia, Yale. En el Reino Unido, en mayo de 1968 en la Sorbona. ¿Para qué seguir? todos lo sabemos. Y sabemos lo que todo ello supone. Erosión de todas las formas de superioridad y a veces de la más suave asimetría. Piénsese en la relación profesor-alumno o en la de médico-paciente.

En cuanto a la Universidad, la inteligencia y el conocimiento dejan de ser módulos para su estructura de organización. Queda fuera –o se trata de ello– el principio de excelencia. El saber ya no es un valor en sí desde que puede utilizarse para la destrucción: Hiroshima.

La nueva crítica literaria se encarga también de desmontar el mito literario de lo «clásico» y la singularidad del «autor». También la «deconstrucción» postmoderna se propone desmantelar una relación asimétrica.

No podemos entrar aquí en los temas del feminismo exaltado, en el que no se trata de un simple clamor por la igualdad, sino de lucha con estructuras de poder o superioridad muy sutiles e indirectas, creadas durante milenios: usos de todas clases, lenguas, libros sagrados de las religiones. Y en la dificultad, sea la que fuere, andan implicados más de la mitad de los vertebrados de nuestra especie.

Sin duda, las décadas siguientes tienen otro aspecto. Pero ya quedaron desmitificados políticos, militares, eclesiásticos, nobles; que ya venían muy tocados, pero también ahora los padres, maridos, maestros, viejos, varones, médicos, autores y muchas situaciones más.

Después vinieron muchas cosas: la reacción de los economistas, el neoconservadurismo, el aburguesamiento de los líderes simbólicos. La expansión y las crisis del *Welfare State*. Quizá, en definitiva, altibajos, auge y crisis del pensamiento de Lord Keynes.

El espectacular colapso del sistema soviético eliminó de facto las deslegitimaciones con que tenía que debatirse el capitalismo. (Del orden, por ejemplo, advertido en *La cultura adversaria* de Lionel Thrilling y en *Las contradicciones culturales del capitalismo,* de Daniel Bell).

Parece afirmarse sólidamente el instinto y la racionalidad *sui generis* de los negocios y el dinero, a tono con una larga etapa de prosperidad. Se llega a venerar al empresario como el héroe histórico de nuestro tiempo, en una medida a la que no habían llegado ni Saint Simon ni Schumpeter. Puede hasta aparecer el curioso *yuppy (young urban and professional),* híbrido del contestario cultural de los sesenta con el nuevo y brioso ejecutivo capitalista. Sus rasgos han sido analizados muchas veces, incluso desde el campo literario. Ciertamente es así. Tanto, que hasta la izquierda se ha visto forzada o inventarse la «tercera vía».

Sin embargo, creo que, ocurra lo que ocurra en las relaciones del Estado con la economía, los cambios que en lo sociológico y cultural erosionan producen daños que sólo pueden ser disimulados con prótesis, y siguen existiendo lavadamente. Y así sucede con todo lo que se desmoronó en los sesenta, pese a las décadas posteriores.

Cuando los cambios son importantes resurgen. Basta pensar en el Congreso de Viena, en los cien días, en la Restauración, en las revoluciones de 1848. En definitiva, en *El Antiguo Régimen* y la *Revolución,* de Tocqueville. En el «efecto Guadiana» en la historia. En lo que ha hablado y escrito con tanto fundamento Dalmacio Negro.

Aun dejándome en el tintero asuntos de la década tan importantes como el Concilio Vaticano y el problema de los paradigmas respecto a las ciencias «duras», que acaban ahora de desembocar en las «imposturas intelectuales» y en las bromas un tanto lúgubres de Alan Sokal, he de terminar aquí. Quédense para mejor ocasión.

Se dice que los impuestos, el sistema fiscal, han producido más mentirosos que la caza, la pesca y el golf juntos. Sin embargo, ¿qué es todo ello comparado con la Historia?